

NICOLÁS CASTELLANOS

Renovación en el Espíritu
después del coronavirus

Prólogo de
José María Castillo



Desclée De Brouwer

NICOLÁS CASTELLANOS FRANCO, OSA

RENOVACIÓN EN EL ESPÍRITU
DESPUÉS DEL CORONAVIRUS

Prólogo de José María Castillo

DESCLÉE DE BROUWER

BILBAO - 2020

© Nicolás Castellanos Franco, OSA, 2021

© Derechos para la edición en español
EDITORIAL DESCLÉE DE BROUWER, S.A., 2021
Henaio, 6 - 48009 Bilbao
www.edesclee.com
info@edesclee.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos –www.cedro.org–), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain

ISBN: 978-84-330-3129-7

Depósito Legal: BI-01997-2020

Impresión: Grafo, S.A. - Basauri

ÍNDICE

PRESENTACIÓN <i>de José M. Castillo</i>	11
I. CORONAVIRUS, PRUEBA A LA HUMANIDAD Y UNA HUMANIDAD DIFERENTE	23
II. COMENSALÍA, HUMANIZAR UN MUNDO DESHUMANIZADO, EN UN MUNDO DE BELLEZA . .	51
III. HOJA DE RUTA EN LA RENOVACIÓN EN EL ESPÍRITU	73
IV. VIVIR EN ESTADO DE CONVERSIÓN.	93
V. LA RENOVACIÓN EN EL ESPÍRITU EMPIEZA POR SER PERSONA MADURA	99
VI. JESÚS DE NAZARET EN LA RENOVACIÓN EN EL ESPÍRITU	107
VII. SER CREYENTE HOY. PERSONALIZACIÓN DE LA FE	119
VIII. LO FUNDAMENTAL CRISTIANO EN LA RENOVACIÓN EN EL ESPÍRITU	129
IX. EL REINO DE DIOS CULMINA EN LA RENOVACIÓN EN EL ESPÍRITU	137
X. LA RENOVACIÓN EN EL ESPÍRITU EXIGE SER Y VIVIR EN COMUNIDAD HOY	145

XI. FRATERNIDAD APOSTÓLICA PARA LA MISIÓN	155
XII. SINODALIDAD	163
XIII. APORTACIÓN DE SAN AGUSTÍN EN LA RENOVACIÓN EN EL ESPÍRITU	173
XIV. LA OPCIÓN POR LOS POBRES Y LA RENOVACIÓN EN EL ESPÍRITU	181
XV. “ENVIADOS EN MISIÓN”	203
XVI. EL CELIBATO POR EL REINO	219
XVII. AMAZONÍA: ECOLOGÍA INTEGRAL. EXPECTATIVAS RETRASADAS. NUEVO PERFIL DEL PRESBITERO	235
XVIII. EL EJERCICIO FÍSICO EN LA RENOVACIÓN EN EL ESPÍRITU	249
XVIII. Y DE LA IGLESIA ¿QUÉ? DESPUÉS DEL CORONAVIRUS	255

PRESENTACIÓN

José M. Castillo

El obispo emérito de la diócesis de Palencia, el P. Nicolás Castellanos Franco, de la Orden Religiosa de los Agustinos, actualmente testigo del Evangelio en Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, compartiendo su vida, sus afanes y anhelos con los bolivianos de aquella singular región de la tierra, ha expresado en este libro, con claridad, hondura y sencillez, las experiencias más profundas que nos llevan derechamente al encuentro con Dios. Y así, el P. Castellanos, como “centinela del horizonte último de la vida humana”, nos descubre la sorpresa del “más allá” que Jesús, el Señor, nos hizo ver en el “más acá”, en nuestra tierra y nuestras incontables limitaciones, y cómo lo divino se ha fundido –hasta confundirse– con lo humano. De forma que así, y solamente así, se hace posible la **Renovación en el Espíritu** que tanto anhelamos y, sobre todo, tantísimo necesitamos en nuestra limitada humanidad.

Me explico. Cuando hablamos de Dios –y de las cosas de Dios– lo primero que deberíamos tener en cuenta es que Dios no está a nuestro alcance. Quiero decir: Dios no está a nuestro alcance porque a Dios, ni lo conocemos ni lo podemos conocer. Dios, por definición, es el Trascendente. Y lo específico de la trascendencia es la “incomunicabilidad”. Como se ha dicho con precisión, ser trascendente no significa ser infinitamente superior,

sino simplemente ser “incomunicable a” o “de un orden absolutamente distinto que” (S. Nordmann).

¿Qué quiero decir al afirmar esto? Y sobre todo, ¿por qué es esto así? Más aún, ¿a qué viene todo esto aquí, cuando hablamos de la **Renovación en el Espíritu**?

Mucha gente no piensa, ni seguramente se imagina, que si hablamos en serio de la **Renovación en el Espíritu**, lo primero que tenemos que pensar y renovar es nuestra idea de Dios y, por eso mismo, nuestra relación y búsqueda de Dios. ¿Por qué?

Muy sencillo. Si Dios lo puede todo, y nos quiere sin límite alguno, ¿cómo se explica que haya hecho un mundo atormentado por tantas y tan enormes miserias y contradicciones? La consecuencia es tan lógica que ha espantado a millones y millones de gentes de toda posible creencia religiosa. Y son ya demasiados los que se han espantado hasta el extremo de decir que el “dios” que predicán los “hombres de la religión” es un invento. Un cuento que curas y teólogos se han inventado para tener a la gente sumisa y obediente. De ahí la solución que se viene imponiendo, de manera imparable y creciente, desde hace más de doscientos años. Dios es imposible y la Religión es un cuento.

Es verdad que estas ideas y dudas circulan más y mejor por Europa, mientras que en América se palpa una mayor fidelidad a las creencias religiosas y a las tradiciones cristianas. Pero, de todas maneras y en cualquier caso, es un hecho que el tema de Dios no está claro para mucha gente. Por eso tiene su razón de ser la pregunta que se afronta en este libro: ¿podemos hablar en serio de una **Renovación en el Espíritu**?

Respondo a esta pregunta empezando por lo más elemental: ¿por qué no podemos conocer a Dios? Dicho de otra manera, ¿por qué afirmamos que Dios es “trascendente”? ¿Quiere decir eso que a Dios no es posible

conocerlo? Y si no podemos conocerlo, ¿cómo nos relacionamos con Él? Lo cual equivale a preguntarse: ¿cómo podemos buscar y encontrar una verdadera **Renovación en el Espíritu?**

Me explico. La realidad, en la que nacemos, vivimos y morimos, es la *inmanencia*, que tiene sus límites y que abarca todo lo que los seres humanos podemos pensar y conocer, todo lo que podemos saber, entender y decir. En definitiva, todo aquello con lo que nosotros, los mortales, nos podemos relacionar. Pero la inmanencia no alcanza, ni abarca (ni puede abarcar), todo lo que existe. Más allá de los límites y fuera de ellos, a los que lo inmanente puede alcanzar, existe la realidad trascendente. O sea, más allá del horizonte último que podemos alcanzar, existe la *trascendencia*, que los humanos no podemos conocer, a la que no podemos llegar. Supera absolutamente nuestra capacidad y nuestras posibilidades. Por eso el Evangelio dice: *A Dios nadie lo ha visto jamás* (Jn 1, 18 a). Lo cual quiere decir que Dios no está a nuestro alcance. Ni lo conocemos directamente, ni lo podemos conocer. Por eso, el mismo Evangelio añade a continuación: *El Hijo único de Dios, que está en el seno del Padre, es quien nos lo ha dado a conocer* (Jn 1, 18 b). El Evangelio nos enseña así, con una formulación muy sencilla, que la realidad no se acaba, ni se agota, en los límites de lo que los mortales podemos saber. La realidad es inmensamente más grande, más inalcanzable, más desconocida.

Por eso cuando Jesús se despedía de sus discípulos al terminar la última cena, uno de ellos, Felipe, le dijo: *Señor, muéstranos al Padre y nos basta* (Jn 14, 8). A lo que Jesús le respondió: *Felipe, ¿todavía no me conoces?* Y añadió enseguida: *Quien me ha visto a mí ha visto al Padre* (Jn 14, 9). Con esto el Evangelio nos viene a decir: *El que ve a Jesús* (un hombre que acababa de cenar...) *ve a Dios, el que conoce a Jesús, conoce a Dios, el que está*

con Jesús, está con Dios. ¿Por qué? Porque Dios se ha encarnado en Jesús. Es decir, Dios se ha humanizado en Jesús. Y es por eso por lo que se puede (y se debe) afirmar que, en Jesús (inmanente) vemos y conocemos a Dios (trascendente).

Y en esto radica la importancia del Evangelio. Por eso la carta a los Filipenses presenta una afirmación tremenda. Una afirmación que dice de Jesús que *Siendo de condición divina, no se aferró en el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de su rango (literalmente, se vació de sí mismo), tomando la condición de esclavo, y se hizo como uno de tantos* (Flp 2, 7). Lo cual quiere decir: en el último, y en lo último de este mundo, *ahí está Dios y en semejante persona encontramos a Dios*. En Jesús, lo divino se ha fundido con lo humano.

Por eso, en el juicio final, la humanización de Dios se palpa hasta sobrepasar los límites de lo increíble. Dios no nos va a juzgar, ni nos va a pedir cuentas, por las ofensas que le hayamos hecho. No. Nuestro problema con Dios tampoco se va a juzgar, ni se va a decidir, por la relación que hayamos tenido con el mismo Dios, con la Religión o con la Iglesia. Todo eso es importante, por supuesto. Pero lo decisivo no será nada de eso. Lo decisivo será el comportamiento que cada cual haya tenido con los demás seres humanos, sobre todo con los más desamparados de este mundo: *Venid, benditos de mi Padre... Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber..., estuve en la cárcel y vinisteis a verme* (Mt 25, 35-36). Dios está, antes que en el templo y en el culto sagrado, en cada ser humano. Y lo que cada cual haga con los seres humanos con los que convive, es lo que hace con Dios. No nos engañemos. Ni vayamos por la vida engañando a la gente. La Religión nos puede llevar a Dios. Pero también nos puede engañar. Como se ha dicho, con toda razón, *la experiencia religiosa de todos*

nosotros ya no es de fiar, porque nos puede remitir a la falsa Religión (Thomas Ruster).

Me refiero a la Religión que se estanca y se atasca en el rito. Y con el rito fielmente cumplido, ese ritual sagrado y exactamente observado, tranquiliza la conciencia. De lo que se sigue una consecuencia que, analizada a fondo, puede llegar a causar miedo. ¿Por qué? Por la sencilla razón de que ese ritual sagrado, analizado así, entraña el enorme peligro de constituirse en un fin en sí mismo. Y es entonces cuando la Religión se reduce al cumplimiento fiel del ritual, de forma que, en el ceremonial sagrado, empieza y acaba todo lo que puede dar de sí la Religión.

Y si es que el ritual efectivamente no da más de sí, no nos queda más remedio que aceptar el enorme peligro que entraña. ¿En qué consiste semejante peligro? En el hecho, bien comprobado por la historia y la experiencia, de que el *rito* se separa del *ethos* (Gerd Theissen, *La Religión de los primeros cristianos*, Salamanca, Sígueme, 2002, p. 151-152). Es decir, el ritual (fielmente observado) ocupa el lugar y la importancia de la ética. Y entonces nace, crece y madura el *fariseo hipócrita*, o simplemente el religioso observante que compagina la misa del domingo y los rezos de cada día con no pocas decisiones, costumbres, pautas de conducta, gustos y manías que tiene que ocultar porque “si esto o aquello se supiera”, ¿a dónde iríamos a parar? Iríamos, ni más ni menos, a la diaria y acostumbrada incoherencia de individuos, familias y países que, a fuerza de inmoralidades y contradicciones salpicadas de intereses turbios y, por supuesto, de una religiosidad cumplida a rajatabla, han terminado por hundir la honestidad de las personas, la credibilidad de los individuos y las instituciones y hasta la estabilidad y el bienestar de naciones enteras.

¿Qué incoherencia hay en el fondo de todo este embrollo? Intentaré explicarlo de la manera más sencilla posible. Ya he dicho –y lo repetiré– que Dios es el “Trascendente”, es decir, ni lo conocemos ni lo podemos conocer. Entonces, ¿qué sabemos nosotros de Dios? Conocemos las “representaciones” del Trascendente que nosotros, los mortales, nos hacemos. Pero esto de las “representaciones” Dios necesita alguna explicación.

Como es sabido, cada Religión, cada cultura, cada país, cada tradición y hasta cada individuo, “representa” a Dios como puede (si es que lo representa de alguna manera porque no faltan los que dicen que eso no se puede saber). Y no digamos nada de la enorme legión de gentes que piensan y dicen que todo eso de Dios es un invento de los curas. Porque Dios, no hay ninguno. Esto es lo que dicen los ateos, los que no creen en ningún dios ni divinidad. Y es que –lo repito de nuevo– lo de Dios es una contradicción. Porque si decimos que es infinitamente poderoso, y añadimos que también es infinitamente bueno, ¿cómo podemos compaginar el poder infinito de Dios con su bondad infinita, en un mundo, hecho por ese mismo Dios, en el que hay tanta maldad, tanta miseria y tanto sufrimiento?

A la vista de semejante dificultad no ha faltado gente, con buena cabeza, que se ha puesto a pensar. En realidad, ¿cómo funciona nuestro entendimiento? Los expertos dicen que nuestra mente piensa “objetivando”, o sea, convirtiendo en *objetos mentales* las realidades más especulativas, más abstrusas y más difíciles de pensar y de decir. Sea lo que sea –y aunque sean esas teorías mentales que intentan explicar los sabios y los filósofos– en realidad, lo que esas mentes piensan y dicen son *objetos mentales*, que elaboran las mentes de los sabios. Ahora bien, si Dios es el Trascendente, el Absolutamente-otro, Dios no puede ser un *objeto men-*

tal, por muy sabio que sea el sabio que lo ha pensado y lo ha dicho.

Entonces, ¿la mente humana, por más sabia que sea, no puede conocer a Dios? Y si no puede conocerlo, ¿no puede relacionarse con Él?

La solución que el cristianismo ha dado a este problema ha sido lo que los cristianos llamamos el “Misterio de la Encarnación”. *Dios se ha encarnado en Jesús*. Lo cual quiere decir que *Dios se ha humanizado* en, un modesto y humilde galileo del siglo primero, Jesús de Nazaret, el hijo de María. Esto es lo que dice el Evangelio: *A Dios nadie lo ha visto jamás. El Hijo único del Padre nos lo ha dado a conocer* (Jn 1, 18). Por eso, quien veía a Jesús, en realidad a quien veía era a Dios. Eso es lo que Jesús le dijo al apóstol Felipe, en la última cena: *Felipe, el que me ve a mí, está viendo a Dios* (Jn 14, 7-9). En realidad, ¿qué estaba viendo Felipe? Un hombre que acababa de cenar. Un hombre que se cansaba. Un hombre que rezaba. Un hombre que se indignaba ante los fanáticos religiosos, que antepusieron la observancia de la religión al sufrimiento y a las penas de la pobre gente. Un hombre al que le dolían la traición y el abandono de sus mejores amigos (Pedro, los Apóstoles, Judas...). Un hombre que lloró a gritos ante la muerte que le amenazaba (Hb 5, 7).

Pero, además de todo esto, Felipe estaba viendo a un hombre cuya conducta (sus “obras”) le resultaba desconcertante. Tan desconcertante que dejó perplejo incluso a Juan el Bautista. Como es sabido, cuando Juan se enteró (estando prisionero en la cárcel de Herodes) de las “obras” de Jesús, mandó a dos de sus discípulos a preguntar al mismo Jesús: *¿Eres tú el que tenía que venir o esperamos a otro?* (Mt 11, 3). La respuesta que Jesús les dio a aquellos discípulos de Juan, es tan elocuente como desconcertante. No fue ni que Sí ni que No. Se limitó a

decirles: *Id a contarle a Juan lo que estáis viendo y oyendo* (Mt 11, 4). El mensaje de Dios, humanizado en Jesús, es algo tan humano y tan patente que entra por los sentidos. Y lo entiende todo el mundo. Y a todo el mundo interesa. *Los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, hay muertos que resucitan, y los pobres reciben la buena noticia* (Mt 11, 5; cf. Is 26, 19).

Tendría que estar ciego y loco de remate el que no aceptara este argumento. No es cuestión de ideas ni de argumentos. No se trata de representaciones de esas que saben y explican los sabios. Es lo más sencillo de la vida. Lo que nos entra por los sentidos. Y es, en realidad, lo que más nos interesa a todos en la vida. Porque es la vida misma. No para disfrutarla a costa de los demás. No. Eso de ninguna manera. Se trata de lo que es común en la vida de todos y para todos: la salud, la comida compartida para todos, el respeto ante todos, la seguridad de que contamos con todos. Y que, por muchas que sean nuestras *diferencias*, nunca jamás aceptaremos las *desigualdades*.

Por todo esto que vengo explicando se comprende que cuando Jesús les dijo a los dirigentes judíos: *El Padre y yo somos uno* (Jn 10, 30), inmediatamente aquellos dirigentes cogieran piedras para matarlo (Jn 10, 31). Y fue entonces cuando Jesús les dijo a quienes querían quitarle la vida: *Si no creéis en mí, creed en mis obras* (Jn 10, 38).

El argumento que Jesús presentó para demostrar que *Dios y él*, “lo divino” y “lo humano”, estaban (y están) fundidos se basaba, no en doctrinas y teorías, en “objetos mentales” que organizan nuestras mentes (por muy lúcidas que sean). El argumento que presentó fue su vida, su proyecto de vida, su forma de vivir. Una vida en la que no mandaba el propio interés ni el propio deseo. Lo que

determinó la vida de Jesús fue la necesidad de los que tienen su vida y su dignidad más amenazadas, más limitadas, más inseguras, más castigadas. Fuera cual fuera su religión, su cultura o su nacionalidad.

En esto consiste, aquí, radica y está la **Renovación en el Espíritu**, que, desde diversos puntos de vista y en una notable importancia de aspectos concretos, nuestro Maestro y Guía, Nicolás Castellanos, ha sabido formular en un texto admirable. Con lo que desembocamos en las dos grandes preocupaciones que ocuparon y acapararon la atención y el interés de Jesús, el Señor. Me refiero a los dos grandes problemas que tanto nos preocupan a todos los habitantes del planeta tierra en este momento: el problema de la salud y el problema de la economía.

Llama poderosamente la atención el hecho de que, cuando leemos despacio y a fondo el Evangelio, enseguida nos damos cuenta de que los dos grandes problemas, que acabo de indicar, la salud y la riqueza, fueron precisamente los que centraron y acapararon el interés y las preocupaciones de Jesús. En más de 60 relatos, los evangelios destacan la constante dedicación de Jesús a remediar los problemas de salud que padecían las gentes de aquella sociedad. Jesús palpó y vivió como nadie que el problema de la salud es enteramente fundamental en la vida de los seres humanos. Como también se dio cuenta de que tal problema está muy mal gestionado por quienes tienen poder y autoridad para gobernar a los pueblos y prevenir enfermedades, males y desgracias. Sin duda alguna, la primera preocupación de Jesús fue resolver, en la medida de lo posible, el enorme problema de la salud.

Pero teniendo en cuenta lo que acabo de decir, hay que añadir algo que es todavía más importante. En los cuatro evangelios, cuando se empieza a relatar la activi-

dad apostólica de Jesús, enseguida se dice que los discípulos se pusieron a “seguir” a Jesús (Mc 1, 16-21; Mt 1, 18-22; Jn 1, 35-43). Únicamente el relato de Lucas introduce, antes de la llamada al seguimiento, el episodio de la sinagoga de Nazaret (Lc 4, 16-30). Pero enseguida Lucas destaca el seguimiento de Jesús preparándolo con el relato de la pesca milagrosa (Lc 5, 1-11).

¿Por qué esta importancia del seguimiento de Jesús? Concretamente: ¿qué tiene que ver con el problema de la acumulación de riqueza en pocas manos? La respuesta es muy sencilla y se comprende enseguida. Lo primero que exigía Jesús, cuando llamaba a alguien a que le siguiera, es que abandonara todo lo que poseía. Por eso el joven rico no pudo seguir a Jesús. Sencillamente porque era rico, y no estaba dispuesto a abandonar su acumulación de riqueza (Mc 10, 17-31; Mt 19, 16-29; Lc 18, 18-30). Por eso es indispensable meterse esto en la cabeza y en el corazón: *No podéis servir a Dios y al dinero* (Mt 6, 25). De ahí que un sistema económico que solo piensa en el incremento del beneficio, no puede poner en el centro de sus preocupaciones la defensa y la gestión de un sistema de salud que ayude y proteja a todos por igual.

Ahora comprendemos la intención capital de Jesús. Lo primero que exigía era abandonarlo todo, quedarse sin nada, la inseguridad total en la vida, porque solo así podemos estar seguros de que hemos puesto nuestra seguridad, nunca en el beneficio, nunca jamás en el interés económico, en la abundancia y acumulación de bienes y riquezas. Nuestra seguridad en la vida está en Jesús. Más en concreto, en el Evangelio de Jesús, que es el proyecto de vida que Jesús experimentó y propuso. Porque solo así tendrán remedio, solución y un futuro de esperanza los problemas que nos atormentan, nos preocupan y tanto nos interesa resolver.

Así y solo así, poniendo en el centro de nuestras preocupaciones y de nuestras vidas la salud, la felicidad y el bienestar de los demás, de todos los que tenemos al alcance de nuestras posibilidades, podremos pensar en serio y con fundamento que estamos en condiciones de afrontar la **Renovación en el Espíritu**.